

Perdón es una palabra castellana

Por [Martín Caparrós](#) 28 de marzo de 2019 (*The New York Times*)

El presidente mexicano, un señor López Obrador, descendiente de españoles, ha pedido en español al rey de España que pida perdón por lo que hicieron sus ancestros cuando invadieron estas tierras. El rey, como no es más que un rey, no puede contestarle como Borges que los que invadieron estas tierras fueron los ancestros de los americanos, no de los españoles. Y menos puede decirle que lo que hicieron no fue peor que lo que hacían regularmente esos aztecas/mexicas que entonces eran verdugos y ahora sirven como víctimas. Ni que si esos señores no hubieran sido violentos y autoritarios y caníbales, 500 españoles jamás habrían podido vencerlos; que solo lo consiguieron con la ayuda de millones de vasallos hartos, ansiosos por sacudirse aquella dictadura, sin suponer que estaban por caer en otra.

[...]

El pedido de perdón de AMLO es un gesto de peronismo explícito: un gobierno que perora inflamado a favor de un sector mientras sus actos lo perjudican sin remedio. El Tren Maya que AMLO quiere montar en Yucatán, por ejemplo, desarma la economía de la zona y convierte a sus pobladores, mayormente indios, en sirvientes del turismo. Y, más en general: hace dos siglos que los que oprimen a los indios mexicanos no son los españoles sino el Estado y los ricos mexicanos.

Pero el pedido de López Obrador es, sobre todo, interesante como síntoma de un problema mayor: la construcción de una identidad. Llevamos cinco siglos tratando de saber quiénes somos: lo propio de cualquier cultura es preguntárselo. Lo que no admite dudas es que, aquí, la enorme mayoría de esas preguntas se hace en castellano. Aunque aparezcan, de tanto en tanto, fracciones bienintencionadas que deploran su filiación conquistadora y se sienten, sintiéndose del lado de los pobres, retoños de los indios.

Y se construyen esa identidad que niega su identidad. No se piensan, como López Obrador, como tantos, descendientes de alguna de las olas migratorias europeas, mezcladas o no con los que habían llegado a América diez mil años antes. Se imaginan herederos de esos migrantes anteriores y los llaman “pueblos originarios”: como si gentes hubieran nacido de los ríos y los árboles, como si no hubieran llegado. Los atrae la melancolía de ligarse con unos seres angélicos, buenos salvajes a la Rousseau de saldo, habitantes de aquella edad de oro pastoril en que todos eran sensibles y ecologistas y convivían con los animales y solo se comían a las personas que se lo merecían. Es fácil exaltarlos porque ahora son los oprimidos. Pero, por desgracia, nada demuestra que los que sufren el poder son mejores *per se*. Lo son mientras no lo tengan; el problema del poder no es quién lo ejerce, es el poder —que cambia, claro, a quien lo tiene—.

Que no obste: nunca dejes que la realidad te arruine una buena historia. Los melancólicos bienintencionados se construyen, entonces, una muy a propósito y se incluyen en ella y se arman esa identidad; su obstáculo principal es el idioma. Se dicen oprimidos pero en la lengua de los opresores —que, para bien y para mal, es la nuestra—. En esa lengua se redactaron las proclamas de San Martín y Bolívar, por ejemplo, y los relatos aventureros de Guevara y los cuentos de Borges y las historias de García Márquez y los poemas de Sor Juana; en esa lengua condenan la llegada de esa lengua.

Hoy, en la Córdoba argentina —que se llama así, obviamente, porque antes hubo una Córdoba andaluza bautizada por españoles romanos o por españoles musulmanes—, unos pocos cientos nos reunimos para discutirla en el VIII Congreso Internacional de la Lengua Española. Es discutible que lleguemos a algo: estas reuniones suelen ser más protocolo que producción, más ocurrencia que descubrimiento. Pero suscita oposiciones: un grupo de intelectuales se alzó para denunciar, entre otras cosas, que “la realización el congreso pretende reconfirmar el carácter hegemónico del español peninsular en esta zona del mundo, es decir, afirmar esa versión del español como idioma central para los gobiernos y para el poder. Que el congreso viene a asfaltarle el camino al empresariado español, a facilitarle las comunicaciones para sus negocios”. [...]